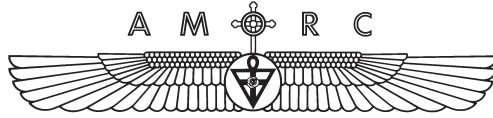


MANIFIESTO

**Nuevas Bodas Químicas
de Christian Rosenkretz
1616 - 2016**



Cosmica lex successit !



Antiquus Mysticusque Ordo Rosae Crucis

MANIFIESTO

1616 - 2016
Las Nuevas Bodas Químicas
de Christian Rosenkreutz

Primera edición: enero 2016

Todos los derechos reservados.

MANIFIESTO

Siendo el autor de este Manifiesto y antes de que usted conozca su contenido, desearía presentarme. En el pasado, fui conocido con el nombre de Christian Rosenkreutz, mítico fundador de la Orden Rosacruz, sociedad secreta cuyo origen sitúan los historiadores del esoterismo al comienzo del siglo XVII, pero cuya Tradición es más antigua, ya que remonta a las Escuelas de los misterios del antiguo Egipto.

En la «*Fama Fraternitatis*», publicada en 1614, es explicado en detalle por qué y cómo, después de haber recorrido el mundo en busca de los mas grandes eruditos de la época, finalmente llegué a fundar la Orden Rosacruz. Originalmente integrada por unos cuantos miembros versados en el hermetismo, en la alquimia y en la cábala, la Orden se ha expandido y perpetuado hasta nuestros días. Siendo su fundador, he permanecido al cuidado de su destino, algunas veces desde un plano espiritual, y otras veces encarnado aquí en la tierra.

Un segundo Manifiesto fue publicado al año siguiente, en 1615: fue titulado «*Confessio Fraternitatis*». Sin entrar en detalles, diré que constituye una prolongación de la «*Fama*» y la complementa, dando precisiones sobre las reglas y el funcionamiento de la Fraternidad Rosacruz, tal como yo las había establecido. En la «*Confessio Fraternitatis*» se encuentran igualmente revelaciones acerca del «*Liber Mundi*» (El libro del Mundo), de la verdadera meta de la alquimia y de la Ciencia que poseen los Rosacruces para llevar a bien la regeneración espiritual de la humanidad.

Un tercer Manifiesto, publicado en 1616, se anexó a los dos precedentes. En un estilo muy diferente, relata un sueño que tuve en la época cuando fundé la Orden Rosacruz. Durante este sueño, me vi a mi mismo haciendo un periplo iniciático de siete días, al final del cual fui invitado a

la boda de un rey y de una reina celebrada en un misterioso castillo. Este sueño alegórico, inspirado por referencias alquímicas, ha sido sujeto a muchas interpretaciones, algunas de ellas elocuentes e inspiradoras, otras fantásticas y hasta absurdas.

En mi vida presente, nací el 13 de diciembre de 1982 en París, esa Ciudad Luz en donde los Rosacruces se dieron a conocer en 1623 mediante carteles pegados en los muros de sus calles. Permítame recordarle lo que en ellos se decía:

«Nosotros, delegados del Colegio principal de la Rosacruz, visitamos visible e invisiblemente esta ciudad por la gracia del Altísimo, hacia Quien se voltea el corazón de los Justos. Nosotros mostramos y enseñamos a hablar sin libros ni marcas, toda clase de idiomas de los países en los que deseamos permanecer para liberar a los hombres, nuestros semejantes, del error de la muerte.

Si alguien quiere llegar a nosotros solamente por curiosidad, jamás lo logrará, pero si desea realmente inscribirse en el registro de nuestra Confraternidad, nosotros, que juzgamos los pensamientos, le haremos ver la verdad de nuestras promesas; no revelaremos el lugar donde nos albergamos en esta ciudad, porque los pensamientos y la voluntad real del lector, serán capaces de hacernos conocerlo y que él nos conozca a nosotros».

Deseando permanecer en el anonimato, no voy a decir ni dónde resido, ni cuáles son mis actividades o cualquier otra cosa que lo conduciría a mí. Conforme a las reglas que mis hermanos y yo establecimos en el pasado, tengo que mantenerme «invisible». Tal vez nos reuniremos algún día, pero en este caso, seré yo quien los busque. Sepa sin embargo que mi compromiso con la Rosacruz es absoluto y seguirá siendo mi vía espiritual, hasta mi reintegración final y definitiva en el Alma universal.

Que lo crea o no: nunca tomaría ni el tiempo ni la molestia de escribir estas páginas si no hubiera tenido la necesidad imprescindible de hacerlo, después de un sueño que tuve en la noche del 20 de

marzo de 2015, primer día de la primavera, cuya naturaleza y contenido me incitaron a contarlo. Júzguelo usted mismo: después de irme a la cama, no sin antes tomar el tiempo para meditar sobre el día que acababa de pasar y que me parecía había sido constructivo, me quedé dormido. En mi sueño profundo, me vi de pronto dentro de un huevo de cristal de unos tres metros de altura y de unos pocos centímetros de espesor. Translúcido y perfectamente simétrico, era de gran belleza y perfecta regularidad. Me encontraba de pie en su centro, como en levitación, sintiéndome particularmente bien.

Pasado mi asombro, observé el huevo con cuidado. Entonces vi en su parte superior, grabados sobre el vidrio y equidistantes de la totalidad de su periferia, los símbolos de la sal, del mercurio y del azufre: \ominus ♀ \triangle . De la manera como estaban colocados, podrían estar unidos por un triángulo imaginario.

A media altura del huevo, reconocí los símbolos de la tierra, del aire, del agua y del fuego: ∇ \triangle ∇ \triangle . Tal como eran colocados en su circunferencia, formaban un cuadrado invisible.

En la parte inferior del huevo, una vez más a equidistancia alrededor de su circunferencia, eran las letras hebreas aleph, mem y shin que se ofrecían a mi vista: \aleph \beth \shin . También podrían estar unidas por un triángulo imaginario.

Igualmente, me di cuenta que la parte superior curva del huevo estaba encabezada por una representación del Sol, y la inferior por la de la Luna.

Partiendo de la cima del huevo hacia abajo, a mi izquierda, podía leer: *Ad Rosam per Crucem*, y de abajo hacia arriba, a mi derecha: *Ad Crucem per Rosam*. El conjunto correspondía a una fórmula esotérica familiar a todos los Rosacruces, pero de la cual guardaré silencio aquí...



Primera etapa

Lunae auspiciis...



De repente, el huevo comenzó a elevarse lenta y verticalmente antes de detenerse con suavidad. No podría decir cuánto tiempo duró esta ascensión, pero me sentí transportado a otra dimensión. Esta sensación se confirmó cuando, mirando al espacio circundante, pude contemplar la Tierra. Ante esta visión tan hermosa como extraordinaria, comprendí por qué se le llama «*el planeta azul*» y por qué los astronautas se maravillan cuando la ven desde las estaciones espaciales o desde sus naves, hasta el punto de no dudar más de la existencia de Dios. Mientras estaba sumergido en esta contemplación, una voz suave, proveniente del espacio, se dirigió a mí:

«Observa la gran obra de la Luna: los seres humanos de los cuales tú eres uno, se han reconciliado con la naturaleza y viven en perfecta armonía con ella. Finalmente comprendieron que el planeta sobre el cual tienen el privilegio de vivir es su madre, y que los animales, que ahora aman y respetan, son sus hermanos. Mejor aún, ellos saben que todos los seres que la habitan son vehículos para el Alma universal y que cada quien, a su nivel y a su manera, participa en la Evolución cósmica».

Tratando de descubrir de dónde venía esa voz, percibí, no muy lejos de mí, mirándome, una silueta etérea de matices plateados. Intrigado y a la vez fascinado por esta visión, reflexioné sobre el significado que le podría dar en relación con la imagen idílica que se presentó a mi vista, cuando el huevo en el que me encontraba en levitación, se elevó de nuevo..

... Cosmica lex successit !

Segunda etapa

Martis auspiciis...



De nuevo, después de un período cuya duración no pude evaluar, el huevo se detuvo. La vista que se me ofreció entonces era tan fascinante como inspiradora, pues tenía una visión todavía más amplia de la Tierra. Mientras la miraba con alegría, otra figura etérea de un rojo particularmente luminoso vino a mí. Mirándome con suavidad, pero también con intensidad, ella me dijo:

«Observa la gran obra de Marte: la economía está en auge en todo el planeta y contribuye al bienestar de todos los ciudadanos, por lo que la sociedad está pacificada y en armonía. Basada en una moneda única, favorece igualmente los intercambios entre los países y contribuye a que sean solidarios. Ya no hay más pobreza ni miseria, porque cada quien tiene lo que necesita para ser feliz y cuenta con una buena calidad de vida en el plano material».

Mientras observaba a la Tierra y escuchando a la entidad espiritual que me hablaba, constataba que el cristal del huevo se había tornado ligeramente rojizo, sin por eso afectar los colores de lo que podía ver más allá del mismo. También me di cuenta de que su espesor inicial se redujo un poco. Pero eso no me causó ningún temor. Me sentí muy bien y experimenté una gran sensación de ligereza.

... Cosmica lex successit !

Tercera etapa

Mercurii auspiciis...



Cuando el huevo se detuvo por tercera vez, la vista que se me ofreció desde este “nivel cósmico”, más allá de su siempre trascendental belleza, despertó en mí la impresión de un mundo un poco agitado, pero sereno. Tuve la sensación de un desorden ordenado. Es entonces cuando una nueva silueta etérea, con reflejos anaranjados vino a mí y me abrió la mente:

«Observa la gran obra de Mercurio: los hombres y las mujeres que pueblan la Tierra actúan como ciudadanos del mundo, con todo lo que resulta de positivo en sus relaciones: cooperación, intercambio, solidaridad, hermandad... Hay un Gobierno mundial, el cual no substituye a los gobiernos nacionales, sino que garantiza su soberanía y promueve el intercambio entre ellos. La mundialización, durante mucho tiempo temida y criticada, ahora es un vector de unidad, de comprensión mutua y de progreso social para todos».

En esta etapa de mi sueño, sospechaba que esta extraña ascensión continuaría y que mi alma sería complacida aún más por visiones sublimes, pero desconocía hasta dónde me llevaría. Es por lo tanto con curiosidad y confianza que emprendí el siguiente paso, sin dejar de mirar a la Tierra, la cual no sabía si era real o no.

... Cosmica lex successit !

Cuarta etapa

Jovis auspiciis...

4

Antes de reanudar su ascensión, el huevo, cuya pared seguía adelgazándose al mismo tiempo que su aspecto rojizo se intensificaba, dio un giro sobre sí mismo, de modo que la parte superior se convirtió en la inferior y viceversa. Curiosamente, y mediante no sé qué milagro, esto de ninguna manera afectó mi cuerpo, pues me quedé en la misma posición, de pie y levitando.

Tuve la sensación de que esta etapa de mi ascensión duró mucho más tiempo que las anteriores, como si me hubiera tele-transportado en vez de transportarme. Mientras tanto, mi ángulo de visión había aumentado de nuevo, así que veía la Tierra más lejos y con una mejor perspectiva. Las palabras son insuficientes para describir lo que entonces mi alma percibió. Al igual que anteriormente, una figura etérea se me acercó. La refulgencia azulada que emanaba de ella casi se mezclaba con el azul estelar que me rodeaba por todas partes. He aquí lo que me dijo:

«Observa la gran obra de Júpiter: todos los países y el mundo en general son gobernados con sabiduría, por lo que las relaciones humanas se basan en la confianza y el respeto mutuo. Quedó atrás la época en que la política era partidista y corporativa. Como puedes constatar, ella se volvió interrelacionada con la filosofía y no tiene otro propósito que el de responder a las necesidades y a los deseos más legítimos de todos los ciudadanos, sin distinción».

... Cosmica lex successit !

Quinta etapa

Veneriis auspiciis...



La impresión de la tele-transportación previamente experimentada siguió hasta la nueva parada. El espesor del huevo siguió adelgazándose, y tuve la impresión que el vidrio estaba empezando a cristalizarse. En cuanto al color rojizo, fue intensificándose más, sin afectar lo que se ofrecía a mi vista desde el exterior, sino que lo exaltaba.

De pronto, recordé cuando, en el quinto día de las «*Bodas Químicas*» tuve el honor y el privilegio de contemplar a Venus, profundamente dormida en un tálamo. Al darme cuenta de la figura etérea que vino a mi encuentro, comprendí por qué tenía este recuerdo. Desde donde se encontraba, su radiación, de un verde esmeralda, me hizo pensar en las auroras boreales y australes que les dan esta luminiscencia tan particular a los dos polos de la Tierra. Ella me dijo mientras me miraba:

«Observa la gran obra de Venus: La paz reina por fin sobre este planeta que te vio nacer hace ya mucho tiempo. El uso de armas está prohibido, incluso a niveles gubernamentales. La idea misma de guerra repugna a los ciudadanos, tanto entre los gobernantes como entre los gobernados. La hermandad entre los individuos y los pueblos ya no es una utopía; corresponde a un ideal que todo el mundo cultiva en sí mismo y lo manifiesta a diario. La humanidad finalmente vive al ritmo del Amor Universal».

... *Cosmica lex successit !*

Sexta etapa

Saturni auspiciis...



Me hubiera gustado quedarme más tiempo en contemplación, pero el huevo reanudó su ascenso. Emanaba de él cierta forma de voluntad, de intención, que yo presentía sin poder entenderla. El espesor del vidrio se redujo hasta tal punto que tenía la impresión de ser capaz de pasar el dedo a través de él, lo que no me atreví a hacer por precaución de no romperlo. Trataba más bien de adivinar lo que, esta vez, alegraría mi corazón, mi mente y mi alma.

Cuando el huevo se detuvo, me quedé de nuevo maravillado frente a tanta belleza y pureza. Mientras más miraba la Tierra, más tenía la sensación de ser uno con ella y con la misma humanidad. De nuevo, una figura etérea se me presentó. Aunque muy oscura en apariencia, emanaba de ella una luminiscencia que me permitió distinguirla perfectamente. Entonces ella me dijo:

«Observa la gran obra de Saturno: la ciencia obra de acuerdo a los intereses reales de la humanidad y con respeto absoluto por la naturaleza. Su único objetivo es el de contribuir al bienestar de todas las personas, mejorar sus condiciones de vida, y ampliar sus conocimientos, o más bien su saber. En otras palabras, se tornó profundamente humanista y su real objetivo es la felicidad de todos».

... Cosmica lex successit !

Séptima etapa

Solis auspiciis...



Por experiencia, sabía que un sueño místico, lo que sin duda era el caso del que yo estaba sumergido, por lo general se desarrolla siguiendo un cierto protocolo hierático basado en la sincronía, en la ciencia de los números y en la ley de la correspondencia. Era la razón, más que la intuición, la que me inclinaba a pensar que el ascenso celestial que vivía con tanta curiosidad y felicidad se terminaría con una séptima y última etapa, así que cuando el huevo reanudó su ascenso, me entristecí al pensar que podría entonces volver a bajar y regresar a ese mundo que había dejado tras de mí. Esta tristeza me acompañó hasta donde me imaginé que era la última parada.

De hecho, el huevo, en el que me encontraba todavía, se detuvo suavemente. El vidrio se había vuelto tan delgado que podía distinguirlo solamente por su coloración, la cual se había tornado de color rojo vivo. Todavía no lograba explicarme cómo esta coloración, que había visto intensificarse gradualmente durante mi ascensión celestial, dejaba filtrar sin ninguna alteración lo que veía proveniente del exterior. Desde esa altura, era imposible distinguir la Tierra por la brillantez del aura que la rodeaba.

Fue entonces cuando una silueta etérea, con reflejos dorados, vino a mí y me dijo con esa característica dulzura:

«Observa la gran obra del Sol: la religión ha dado paso a una espiritualidad basada, no en la creencia, sino en el conocimiento.»

Los seres humanos admiten como evidencia la existencia del alma y saben que si viven en la Tierra, es con el fin de mejorarla mediante su relación con los demás. En lugar de adorar a Dios Padre, Yahveh, Alá, Brahma u Otro, se consagran a entender y respetar las leyes divinas, es decir las leyes naturales, universales y espirituales. La humanidad está en la vía correcta para su regeneración y hasta su reintegración».

... Cosmica lex successit !

Las palabras «regeneración» y «reintegración» aún resonaban en mi cabeza cuando vi llegar, desde las seis direcciones del espacio, las seis entidades espirituales que se habían presentado en cada una de las etapas de mi ascensión celestial. Ellas se colocaron en círculo alrededor de la entidad que acababa de dirigirse a mí, y luego entonaron el sonido OM nueve veces, en una nota que me era desconocida. En la novena entonación, ante mis ojos maravillados, las siete entidades se fusionaron y se formó una estrella blanca. Esta se proyectó a gran velocidad hacia la Tierra y se fundió en la luz que emanaba de ella.

Unos momentos después, vi emerger de esta luz una forma alada de larga envergadura. A medida que se me acercaba, la duda ya no era posible: era un ave fénix, esa ave mítica, tan significativa para los alquimistas. Viéndola dirigirse hacia mí, recordé por un momento un grabado que había visto unos días antes en el libro «*Los símbolos secretos de los Rosacruces*», impreso por primera vez en el siglo XVIII, y que siempre ha sido una contribución significativa para la meditación de los estudiantes rosacruces. Este grabado muestra dos cabezas de fénix, una sostiene el Sol en su pico, y la otra la Luna.

Más allá del séptimo cielo

Phoenicis auspicis...

Mientras recordaba este antiguo grabado, seguía contemplando el ave fénix. Majestuosa, lucía un magnífico plumaje cuyo color era exactamente igual al del huevo en el que me encontraba en levitación. Mientras lo miraba, me di cuenta de que ese huevo se había completamente desmaterializado, o mejor dicho, espiritualizado, y que yo había quedado desprovisto y librado a mi suerte. El resultado no se hizo esperar: me desplomé por el vacío a una velocidad cada vez más vertiginosa; obviamente, iba a caer al suelo y morir...

En cuestión de segundos, reviví los momentos más significativos de esta vida que estaba llegando a su fin, especialmente los relacionados con mi sendero Rosacruz, como también los que había vivido en compañía de seres queridos y que me habían dado tanta felicidad. Sin embargo, no sentí ni miedo ni arrepentimiento. Sabía que la muerte no marca el fin definitivo de nuestra existencia, sino que es apenas una transición del alma hacia el plano espiritual. Ciertamente, tuve la sensación de que aún tenía quehaceres que cumplir en este mundo, pero esos quedarían para después, cuando me encarnaría de nuevo.

Iba a estrellarme al suelo cuando sentí que me agarraron. Mirando hacia arriba, me di cuenta de que el ave fénix me había tomado con cuidado con sus garras, salvándome la vida de esta manera. Mejor aún, se fue volando y me llevó mucho más allá del séptimo cielo. En esta altura celestial, pude ver no sólo la Tierra, siempre encapsulada por la radiante luz de su aura, sino también los otros planetas de nuestro sistema solar, desde Mercurio, el más pequeño, hasta Júpiter, el más voluminoso. Pero la percepción que tenía no era en nada astronómica; sentía más bien la energía oculta que emanaba de ellos y entendí mejor el significado y el alcance de todo lo que había visto anteriormente.

El fénix se dirigió entonces hacia el Sol, dejando atrás la Tierra que, inmediatamente, se volvió apenas un punto luminoso en el espacio. A pesar de que nos acercábamos al Sol, podía mirarlo sin deslumbrarme; aún así, no estaba de ninguna manera incomodado por el calor de sus rayos. Tenía más bien la sensación de espiritualizarme, hasta el punto de no ser más consciente de mi cuerpo y sentirme un alma en estado puro. Nunca había experimentado una semejante sensación de libertad, pureza y serenidad.

Mientras que el fénix y yo estábamos a punto de fundirnos en el Sol, me preparaba interiormente para vivir esta fusión con la mayor lucidez e intensidad interior posible. Fue entonces cuando escuché una música de una belleza extraordinaria. En comparación a ella, nuestras más bellas sinfonías se asemejan a obras de niños. Sin duda, era la «*música de las esferas*» tan querida por Pitágoras, sabio entre los sabios. Recordé entonces esta poesía musical conocida por los Iniciados:

*«Ut queant laxis
Resonare fibris
Mira gestorum
Famuli tuorum
Solve polluti
Labbii reatum
Sancte ioannes».*

Arrullado por esta melodía cósmica, me dejé absorber por el Sol con confianza, no sin mirar por última vez al ave fénix a los ojos y agradecerle, no tanto por haberme salvado la vida, sino por lo que estaba viviendo en su compañía. En ese preciso momento, tuve la fuerte sensación de ser uno con él o, más bien, de unir mi alma a la suya y conocer de esta manera las «*Bodas Químicas*» a las cuales aspira todo Rosacruz. Luego vino la Iluminación: remontando en conciencia hasta los orígenes de la Creación, asistí al big bang, esta

extraordinaria explosión cósmica de la que surgió el universo que luego se extendió hasta los confines del infinito.

También vi cómo Dios, esta Inteligencia, esta Conciencia, esta Energía absoluta y atemporal, sopló un Alma pura y perfecta en el universo en formación, y cómo esta Alma universal vino a animar a todas las criaturas que lo habitan desde eones de tiempo. Lo que presentía como evidencia me fue entonces confirmado: existe una infinidad de mundos en la Creación, siendo el nuestro solo uno de tantos. Algunos son más evolucionados; otros lo son menos.

Entonces, como una película en avance rápido, vi desplegarse los acontecimientos que contribuyeron en la formación de la Tierra, desde el estado ígneo que tuvo en un principio, hasta la formación de los continentes que conocemos hoy en día. También fui testigo del surgimiento de la vida, desde las primeras criaturas que se desarrollaron en los mares y los océanos, hasta la misma humanidad, pasando por el célebre reino de los dinosaurios. Ciertamente, los seres humanos no forman un reino aparte; son la culminación de un proceso evolutivo que se remonta a los primeros seres que habitaron nuestro planeta.

Después fue la historia de la humanidad en general la que desfiló en la pantalla de mi conciencia, en una combinación de la historia de todas las épocas y todos los países. En unos instantes, vi muchos acontecimientos; curiosamente, todos eran positivos y constructivos, lo que me hizo replantearme las maravillosas visiones que se ofrecieron a mí anteriormente. Este viaje en el tiempo me hizo especialmente feliz y me permitió renovar la confianza que he depositado desde siempre en el ser humano, debido a que sé que es de origen divino y que el alma que lo anima es básicamente benevolente.

Pensaba que este viaje estaba llegando a su fin, cuando me vi en el momento en que me hice conocer por primera vez bajo el nombre de Christian Rosenkreutz. Es con gran emoción que reviví el periplo iniciático que me llevó a fundar la Orden Rosacruz y los

momentos que pasé reuniendo el saber que mis hermanos y yo queríamos transmitir a la posteridad. Entre aquellos momentos, hubo uno especial cuando re-copiamos el «*Liber Mundi*», agregando nuestros propios comentarios.

Me alegraba ya la idea de ver, “desde el exterior”, cómo mi muerte acaeció, o más bien, la transición de mi alma, y la tumba donde mi cuerpo descansó, cuando la bocina de un vehículo que pasaba en la calle me despertó súbitamente. Todavía estaba oscuro, pero en lugar de volverme a dormir, me levanté para registrar con la mayor precisión posible lo que había soñado. Hecho eso, medité hasta el amanecer sobre el significado de todo lo que había visto, oído y sentido durante este extraño viaje más allá del tiempo y del espacio, no sin antes agradecer al Dios de mi corazón por habérmelo inspirado.



Si quise compartir este sueño, es porque pensé que podría suscitar, en cada uno, reflexiones útiles. Soy muy consciente de que en este comienzo del año 2016, el mundo está muy lejos de las visiones idílicas que percibí durante lo que me he referido como un «*ascenso celestial*». Su contexto, en muchas áreas, es bastante preocupante. Además, ¿pueden estas visiones ser consideradas como premoniciones, o sólo son las proyecciones oníricas del futuro que le deseo fervientemente a toda la humanidad? Cada quien tendrá su respuesta...

¿Quién no ha soñado nunca con un mundo, si no perfecto, al menos mejor, en donde vivir es agradable a todos, sin importar el país donde reside? Si en verdad lo deseamos, este sueño puede convertirse en realidad. Por supuesto, esto supone actuar en consecuencia, tanto individual como colectivamente. Cuatro siglos después de la publicación de las «*Bodas Químicas de Christian Rosenkreutz*», estas «*Nuevas Bodas*» son a la vez un mensaje de esperanza y una invitación a imaginar, hoy en día, lo que la humanidad futura puede y debe llegar a ser. Esto es precisamente lo que me impulsó a contarle mi sueño.

Como usted lo ha de saber, la mayoría de los alquimistas de antaño trabajaban para transmutar los metales viles en oro a través de la Piedra filosofal, Sustancia subliminal que obtenían como resultante de un proceso operativo completado por siete pasos mayores. Sin embargo, algunos de ellos, incluido yo mismo, se dedicaban a la alquimia, no material, sino espiritual. Lo que les importaba a ellos no era la obtención del oro, sino la adquisición de la sabiduría. Tal es aún el objetivo de los Rosacruces que viven alrededor de usted, porque sé cuánto están dispuestos a contribuir a mejorar el mundo.

En la «*Positio Fraternitatis Rosae Crucis*», publicada en el año 2001 por la Antigua y Mística Orden Rosacruz, se puede leer lo siguiente acerca de la alquimia:

«Es bien sabido que los Rosacruces del pasado practicaban la alquimia material, que consistía en transmutar en oro los metales viles, especialmente el estaño y el plomo. Lo que a menudo se ignora es que también se dedicaban a la alquimia espiritual. Nosotros, los Rosacruces de los tiempos presentes, damos prioridad a esta última forma de alquimia, porque el mundo actual la necesita más que nunca. Consiste, para todo ser humano, en transmutar todos los defectos en sus cualidades opuestas, para adquirir precisamente las virtudes a las que nos hemos referido anteriormente. Pensamos en efecto que estas son las virtudes que hacen la dignidad humana, y que el ser humano solamente es digno de su estatus cuando las expresa a través de lo que piensa, dice y hace. Es evidente que si todas las personas, independientemente de sus creencias religiosas, políticas o de otra índole, hicieran un esfuerzo para adquirirlas, el mundo entero sería mejor».

En 2014, la A.M.O.R.C. publicó un segundo Manifiesto titulado *«Appellatio Fraternitatis Rosae Crucis»*. Como complemento de la *«Positio»* al igual que la *«Confessio»* completó la *«Fama»*, la *«Appellatio»* no es ajena al sueño que les conté en estas páginas. Incluso me atrevería a decir que este Manifiesto contiene las claves y muestra el camino a seguir para hacer de este sueño, de esta utopía, una realidad. Después de haberlo leído y meditado, le insto a hacerlo en su vez, para conferir pleno sentido a estas *«Nuevas Bodas Químicas de Christian Rosenkreutz»*. Para tal propósito, voy a mencionar un breve extracto de la *«Appellatio»*:

«A decir de los antropólogos, la humanidad “moderna” apareció hace alrededor de doscientos mil años. En la escala de una vida humana, puede parecer vieja. Pero, en comparación con los ciclos de evolución, se halla apenas en la adolescencia, demostrando todas las características de esta etapa de la vida: está en búsqueda de identidad, se busca un destino, demuestra irresponsabilidad e incluso inconsciencia, se cree inmortal, se dedica a todo tipo de excesos, reta a la razón y se burla del sentido común. Esta etapa evolutiva, con

sus dificultades, sufrimientos y fracasos, pero también de satisfacciones, logros y esperanzas, es un paso obligado que le permitirá crecer, madurar, florecer y finalmente realizarse en los planos material y espiritual. Pero para eso, tiene que convertirse en adulto».

Con estas reflexiones, ahora lo voy a dejar a sus ocupaciones y reanudar las mías. Como lo he dicho antes, sigo vigilando los destinos de la Orden Rosacruz. ¿Pueda ser que algún día quizá nos encontremos? De todos modos, quiero expresarle mis fraternales pensamientos y enviarle mis mejores deseos de Paz Profunda, con la esperanza de un futuro tan hermoso como sea posible para el mundo entero...

! ^ E J | J ^ E U A ;

Sellado el 06 de enero de 2016

Año Rosacruz 3368

